

## “La encrucijada de la discapacidad: plasticidad del pensamiento en la infancia”

*“La infancia es el destino perdido, pero al mismo tiempo vigente”.*

Acabo de llegar de dictar un seminario sobre problemas de la infancia e integración en la provincia de Neuquén. Los compañeros que me invitan, azorados, me comentan un curso que se promociona para dictarse en la misma fecha con los siguientes argumentos:

“¿Sos maestro de un TEA? Aprendé como disminuir en un 50% tu estrés laboral con un niño con trastorno del desarrollo en el aula en solo 90 minutos”

Con anterioridad, otros docentes y profesionales, que comparten el espacio interdisciplinario, quisieron organizar un evento en otra ciudad de la misma provincia. Necesitaban formarse para poder pensar la temática ligada a la integración, con esta finalidad, se pusieron en contacto conmigo para organizar un curso formativo y poder profundizar esta crucial temática, que abarca el trabajo interdisciplinario. Con mucho esfuerzo, lograron juntar los recursos para que pueda viajar y realizar por fin, el tan esperado y deseado evento. Preparamos las temáticas a desarrollar, los objetivos, concordamos en los aspectos más técnicos y en la fecha para poder concretarlo. Todo estaba listo para la realización.

Faltando quince días para realizarlo, recibo un llamado telefónico del equipo que había organizado y preparado el evento para decirme, con profunda tristeza, que no podían realizarlo porque no lo autorizaban. Les respondieron que “ideológicamente” no concordaban con la ideología del curso. Por lo tanto, no aceptaban que concurren el Lic. Levin. No estaban de acuerdo con él, “porque en sus libros y disertaciones propone que...” no todo niño se puede integrar de cualquier forma a la escolaridad común”. Idea que efectivamente seguimos sosteniendo, pues de otro modo, implicaría, entre otras cosas, la desaparición de la escuela especial y la interdisciplina.

¿Es posible que todavía se ejerza el poder político de turno para prohibir planteos teóricos-clínicos-educativos que procuran rescatar al niño en su condición subjetiva e histórica, en detrimento de cualquier diagnóstico-pronóstico que lo ubica y utiliza en condición de objeto? La realidad real supera siniestramente, cruelmente a la ficción, los compañeros no pudieron organizar el encuentro en su ciudad, pese a protestar y defender los derechos de cualquier ciudadano por escuchar y soportar las diferencias.

En el último artículo, mencionamos el caso de Alan, un niño de dos años diagnosticado trastorno del espectro autista. Luego de la entrevista con los padres y una primera sesión, nos encontramos nuevamente. Un niño pequeño llega a la consulta con sus dos años y el presunto y pesado presupuesto diagnóstico de trastorno del espectro autista. Luego de la primera entrevista con los padres, donde ellos relatan distintas conductas, llamativas de él, como por ejemplo, repetir palabras inconexas, aislarse, por momentos mira y en otros permanece desorientado, se mueve solo o a veces no nos responde, parece triste.

Lo veo a Alan por primera vez...cuando toca el timbre, la mamá a través del portero eléctrico exclama: “Estamos acá...respondo... ya bajo, así puedo conocerlo a Alan...”. Al dirigirme al ascensor, decido, intuitivamente, bajar con un títere, tomo a un conejo, un pequeño, títere verde, con ojos grandes, saltones y una llamativa boca roja, que enmarca el rostro del personaje, a quien coloco el nombre de: “Conejin”.Al bajar en el ascensor, miro al conejo que sostengo en mi mano, lo veo y me miro frente al espejo jugando con él. Anticipo una imagen posible fuera de cualquier presunto diagnóstico del espectro autista. Salgo del ascensor preguntándome: “¿Podré jugar con Alan y el títere Conejin?... ¿Se asustará?... ¿Finalmente, podrá registrarlo?... ¿Le gustará compartir esa escena?...”

Alan llega al consultorio junto a su papá. Bajo a recibirlo, él está en la vereda, moviéndose de un lado para el otro. Al verme, sonríe y se acerca al vidrio del portón del departamento. Sin dejar de mirarme, dice: “Conejin, Conejin”, abrió la puerta y le cuento que quedó arriba, él gira y mira el portero eléctrico, tomo este gesto y lo afirmo, toco el quinto piso del consultorio y al hacerlo, respondo como Conejin: “¿Quién es?, ¿Quién me tocó el timbre?...respondo: “Somos Alan y Esteban, estamos acá abajo, ¿podemos pasar?...”Siii” ...(cambio de voz y como Conejin digo): “Siii, siii, vengan así jugamos juntos...””Los espero, suban”. Alan, instantáneamente me da la mano, agarra la mía y quiere extenderla hasta el timbre. Juntos volvemos a apretar el portero, hasta escuchar de nuevo la voz del títere: “Los estoy esperando, suban sin problema, tengo muchos juguetes”. A continuación, vamos al ascensor y junto con el papá, subimos al consultorio.

Al abrir la puerta, rápidamente, captura su atención una pelota, que tiene la particularidad de tener escrita en su superficie, distintos números. La agarra, examina el contorno y sin mediación, comienza a nombrar y a señalar cada número, por ejemplo, toca el nueve y afirma: “Nueve”, luego el cinco, el tres y así, sucesivamente. La pelota le sirve para nombrar los números. Inclusive utiliza los dedos gestualmente, acompaña de esta manera, la numeración.

Alan se mantiene aislado, solo con la pelota, los números y una gestualidad que se cierra en sí misma, no juega con la pelota, ni la lanza, tampoco la comparte y ni siquiera mira lo que pasa alrededor. Imantado, absorto a la superficie numérica, parece absorbido por ella y no puede desprenderse de la serie numérica. Reproduce sin pausa ese escenario indiferente a la presencia del papá, que intenta jugar con él, a la de Conejin o a la de Esteban. Observo la escena, Alan solitario, ronronea, murmura los números miméticamente...mueve los dedos al compás de nombrarlos.

Cognitivamente, conoce cada uno de los números, no se equivoca, los aprendió de memoria y al verlos, no se puede separar de ellos. La pelota sostiene los números, pero no puede jugar con ella, cumple otra función y lo defiende del mundo del afuera, de los otros, del riesgo que implica crear una experiencia, indeterminada, que no se sabe que puede ocurrir. Lejos de depender de un número, la pelota funcionando como tal, implica construir una relación con el otro que modifica su trayectoria, plantea otros problemas e inaugura otra experiencia posible. No pensamos el conocimiento desde la cognición, sino la cognición desde la relación, el afecto que en el encuentro con el otro se produce. ¿Será posible que justamente por ello, Alan no puede jugar y hacer de la pelota otra escena, una historia, una narración?

Recuerdo el decir de la escuela a través de la psicopedagoga, cuando en la interconsulta telefónica ella expresaba la mayor preocupación del ámbito escolar: “Nos preocupa que pasa tantas horas en la escuela (más de ocho), pues se queda doble turno y a almorzar, concurre todos los días y sin embargo, no se relaciona con otros niños, ni de su edad, ni más grandes y tampoco más chicos”.

Alan reconoce los números, como también los hace con los colores, los puede clasificar, ordenar, seriar, sin embargo, no puede jugar con ellos, pues para hacerlo, la operación simbólica es exactamente inversa. Alan tiene que poder “olvidarse”, representar, abstraer, los números y los colores, substraerlos de la conciencia (“perderlos”) para lanzarse a jugar e inventar la propia experiencia. Preocupado por los colores o los números, no puede jugar. Lo propio de un niño no es el hecho fáctico de conocer letras, números o colores, sino de ser, o sea, de existir en aquello que piensa, más allá del objeto pensado. Ese hacer representativo y simbólico, le permitirá a Alan (como a otros niños) constituir lo esencial de lo “mío”.

Aquello que para un niño puede ser “mío” paradójicamente, también puede ser de otro, y en esta paradoja, se juega el reconocimiento y el hacer uso de la imagen del cuerpo, ponerla en juego, que en este caso, implicaría poder sostener el acto de jugar en la pérdida del rojo, el verde, el amarillo, el azul, el uno, el cuatro, el nueve, la letra A, la letra I, la letra B, para recuperar cada uno de estos elementos en la escena que se crea, en la medida que al jugar se inventa lo propio, tras la pérdida de la cosa en sí misma.

Alan continúa con la pelota, murmurando los números, sin jugar con ella. En ese instante, tomo a Conejin, lo personifico y al cambiar la voz, exclamo: “Quiero jugar a la pelota...la voy a buscar...”, sigilosamente se acerca y procura quitarle la pelota para poder jugar. Alan, que al verlo sonrió, ahora está expectante, atento a lo que puede hacer Conejin. Compartimos la expectativa, ese espacio silencioso, unos segundos entre el papá, Alan, Conejin y Esteban...algo va a suceder...pero nadie sabe que va a pasar. Alan aprieta más la pelota y sin darse cuenta, deja de mirar y pronunciar cada uno de los números y se ve lanzado a la nueva escena que el títere propone.

Alan, sin dejar de sonreír, expectante, está atento a la reacción, a la gestualidad y a la expresión de la voz que enuncia Conejin, a partir de lo cual, se aproxima e intenta sacarle la pelota. Frente a esta actitud, Alan corre alrededor del papá, aprovecho este gesto para tratar de alcanzarlo. De un momento para otro, corremos alrededor del papá, que participa de la escena con sonidos, dichos y expresiones concernientes a lo que pasa: “Cuidado Alan, te va a agarrar...corre por aquí, por allá...escondete”.

El cuerpo del papá funciona como eje central alrededor del cual giran Alan, Conejin y Esteban. Este movimiento gestual, impulsa el placer del deseo de jugar juntos, potencia el escenario para generar experiencias escénicas, a partir de las cuales, Alan no necesita refugiarse en los números, los colores o las letras para ser él, existe en el escenario compartido con el otro.

Entre un giro y otro alrededor del padre, surgen diferentes sonoridades alusivas al recorrido gestual. En un momento, ante un nuevo giro, decido esconderme con Conejin tras la puerta de otra sala, Alan para de girar y corre a buscarnos por la cocina, el balcón, el baño. Finalmente nos encuentra, al vernos, grita. Respondemos gritando y al poco tiempo recomienza los giros. El papá participa girando con nosotros y relatando parte de lo que ocurre, la sensación cenestésica se unifica en el escenario lúdico que nos convoca por fuera de cualquier trastorno espectro o autismo.

Cuando Alan queda fusionado a los colores, los números o las letras, aprende automáticamente lo que le enseñan. Sin equivocarse, ni demandar otra cosa, estático, razona sin poder pensar en aquello que está diciendo, reproduce un aprendizaje autónomo sin que él mismo verdaderamente lo transforme. Para que pueda originarse un nuevo pensamiento, el anterior tiene que desvanecerse, perderse, para que surja la natalidad de un nuevo pensar. El peligro, el gran riesgo, es permanecer inalterable, congelado, en una representación que sola se representa a sí misma una y otra vez en la apatía de lo siempre igual. De este modo, el pensamiento puede elastizarse para luego volver al mismo punto del cual partió sin transformación alguna.

Como sabemos, el pensamiento ciertamente es paradójico. La paradoja como el conflicto, problematiza la idea, pues ella implica relacionarse con otro, y al hacerlo, necesariamente, modifica lo anterior y tras la pérdida, se transforma en otro modo de pensar. Al producir la experiencia escénica jugando, el niño sin darse cuenta, pone en acto la plasticidad del pensamiento. La plasticidad, le permite a los más pequeños relacionarse con los otros, tornarse receptáculos del placer escénico y de esta manera, construyen la pertenencia afectiva a una comunidad, a partir de la cual, la experiencia infantil pone en juego el “mío” (lo propio), lo “tuyo” (lo del otro) y el “nos-otros” (el lazo social como causa de la comunidad a la cual un niño necesita pertenecer para ser).

En uno de los giros alrededor del papá, Alan logra agarrar a Conejín. Cuando lo hace, lo mira y lo arroja violentamente contra el piso, al hacerlo se sonríe y espera mi reacción...rápidamente voy a consolarlo y me ubico en el lugar de Conejín, desde ahí escenifico gemidos, llantos, protestas, porque no puede jugar y le duele ser rechazado y tirado al piso. Sorprendido, Alan capta el deseo de Conejín, y con picardía, lo vuelve a agarrar, lo mira y lo arroja, esta vez, mirándome y sonriendo al mismo tiempo. La sonrisa se transforma en carcajada y sale otra vez corriendo a tomar a Conejín y a perseguirlo alrededor del papá. Logro ubicar a Conejín entre la remera y la espalda, con esfuerzo, se lo saca y sale corriendo a refugiarse tras el papá, un tobogán, la puerta, el baño. La escena se repite cada vez en la diferencia entre giros, sonrisas, gestualidades, escondites y refugios.

Luego de unos minutos, Conejín gime, se queja y grita al caer al ser arrojado nuevamente, Alan sonríe, pero esta vez, lo mira y lentamente se acerca, su rostro trama dulzura en la gestualidad, lo agarra, como si fuera la primera vez, parece descubrirlo, se detiene, lo mueve e introduce suavemente la mano dentro del títere. En ese momento, vestido de Conejín, lo anima, parece vibrar con él y al final, mirándolo, le da un beso. Besa a Conejín, a quien él mismo le otorga vida, ficción por fuera de los dedos, de la biomecánica de la mano, de la función manual. Instante de placer ligado a la narración escénica, la mano orgánica se ha perdido, es el símbolo representacional que sostiene y sustenta el títere. Al besarlo, dona y trasmite la amorosidad necesaria para ponerse en el lugar del otro. Ciertamente, es el inicio de una precoz simbolización.

Como vemos, en el “entredós” del encuentro transferencial se trata de captar la fuerza sensible que acontece en la experiencia a través de la sensibilidad de los gestos, las posturas, las sonoridades, el ritmo, la musicalidad, que irradian e impulsan la posibilidad de nuevos escenarios, donde se pone en juego, en acto, la imagen del cuerpo. El hacer uso de ella pasa a las nuevas representaciones. Sin duda, una de nuestras funciones esenciales es captar la intensidad de la fuerza como potencia afectiva, que afecta lo corporal y produce como efecto la plasticidad necesaria para instaurar lo que antes de ese acontecimiento no existía. Este proceso, no se puede reproducir técnicamente, ni tiene posibilidad alguna de copiarse, es único e irrepetible.

El funcionamiento de la función manual, devenida títere, Conejín, pliega la organicidad de la mano y se transforma en personaje de la propia narración que inventa al ser sorprendido e inventado por ella. El placer en la realización nos recuerda lo esencial en el mito de Psique : “Cuenta la historia que hace mucho tiempo existió un rey y una reina que tenían tres hijas. La menor, Psique, de tan deslumbrante belleza que era adorada por los humanos como una reencarnación de la diosa Afrodita. La diosa, celosa de la belleza de la mortal Psique, pues los hombres estaban abandonando sus altares para adorar en su lugar a una simple mujer, ordenó a su hijo Eros que intercediera para hacer que la joven se enamorase del hombre más horrendo y vil que pudiera existir. La belleza no había traído a Psique felicidad alguna.

Los preocupados padres consultaron al Oráculo de Apolo para determinar qué le depararía el destino a su hija. Lejos de encontrar consuelo, el Oráculo predijo que Psique se casaría en la cumbre de la montaña con un monstruo de otro mundo. Psique aceptó amargamente su destino, y obedeciendo al Oráculo, sus padres la llevaron hasta la cima de la montaña seguidos por una larga procesión, donde la abandonaron en llanto para enfrentar a una muerte segura.

Esa noche, mientras yacía en la oscuridad de su nueva alcoba, un desconocido la visitó para hacerla su esposa. Su voz era suave y amable, pero él no se dejaba ver a la luz del día, lo cual despertaba la curiosidad de Psique que deseaba conocer su rostro. El desconocido no era otro que Eros. Él le advertía una y otra noche que no lo podía ver, ya que si lo hacía, ese mismo día acabaría la felicidad. Psique enardecida por el deseo de verlo, finalmente, sucumbe a la tentación y lo hace, al hacerlo, Eros extiende las alas y vuela hasta desaparecer. Psique comienza entonces una búsqueda desesperada por encontrar a Eros que culmina en su llegada al templo de Afrodita. Luego de una serie de terribles y encumbrados peligros que ella logra vencer, se encuentra con Eros. Se asa, la hija de ambos recibe el nombre de Placer (Hedoné).

El mito de Psique no puede pensarse sin Eros y sin el placer que emana de ellos. Así como los colores, los números, las letras, tampoco pueden aprehenderse, sino se trasmite el Eros y la afectividad para que ellas se inscriban, se olviden y se recuperen en otra escena. El color, como los números, se pueden adquirir cognitivamente, pero sin el Eros, fallecen, inertes, moribundos, sin vida y reproducen la fijeza de una experiencia opaca, triste y empobrecida.

Lo infantil de la infancia constituye y encarna lo originario el placer como inscripción, de una experiencia en potencia, intensa, pulsional, cuya parábola fuerza impulsa nuevas redes relacionales como efecto y causa de la plasticidad (tanto simbólica como neuronal). Tal como nos enseña en escena Alan al exclamar: “Conejín, Conejín...a jugar...”, al besar y acariciar sonriente se ve lanzado al placer y la sorpresa que le va a deparar la escena en el próximo escenario que de ella se desprende.

Como dice el filósofo Pascal Quignard en su último libro “El origen de la danza”: “Lu Shi escribió: Cuando Yuke pintaba un bambú, veía el bambú, no veía su pincel, no veía su mano que sostenía el pincel; se olvidaba. No solamente ya no se veía sino que decir que no se veía más es poco decir; enseguida ya no veía más el bambú delante suyo; ya ni siquiera veía la imagen del bambú que surgía de sus dedos; su mano danzaba en el aire; eso era todo; ya no se veía más que su mano que danzaba en el aire.

La mano de Picasso dibujando es ya el dibujo que no se ve en la hoja”, podríamos agregar, la mano que no se ve traza el origen de lo infantil que se pierde en el próximo trazo.

Eteban Levin

[estebanlevin@lainfancia.net](mailto:estebanlevin@lainfancia.net)

[www.facebook.com/estebanlevin.lainfancia](https://www.facebook.com/estebanlevin.lainfancia)

[www.lainfancia.com](http://www.lainfancia.com)